

Javier Trímboli Aguantar la pregunta: la escuela y la historia, entre pasado y futuro

Ignacio G. Barbeito

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
ibarbeito251@unc.edu.ar | 0000-0003-2789-377X

“El miedo estaba esperando al primer soldado”
Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*

A Javier Trímboli le había interesado una advertencia, una recomendación también, de Martínez Estrada, que se quejaba en 1946 de esos torpes lectores que leían sin miedo libros como *Facundo*, *Martín Fierro* o *Una excursión a los indios ranqueles* con la despreocupación del que asiste a un espectáculo inofensivo, en el que desfilan toda clase de figuras excéntricas o pintorescas. Para Martínez Estrada, en cambio, esos libros eran documentos o exposiciones de una historia verídica, escritos en un lenguaje cuya semántica continuaba reeditándose, trágicamente.

En torno a esta inusual asociación entre el miedo y la lectura, especialmente la lectura de libros históricos, Trímboli ensayaba en algunas oportunidades una reflexión sobre la escuela y la política, que era también una interrogación abierta sobre la historia y el sentido. Vale la pena tratar de restituir y retomar aquí esa reflexión y ese posible ensamble de miedo y lectura, para considerar qué le dicen a la escuela, a la historia de la educación y a su enseñanza. Y vale la pena hacerlo ahora, cuando el despliegue rabioso de un discurso antiestatista dogmático, al decir de Nicolás Arata y Camila Pérez Navarro (2023), descompone con bravatas sarcásticas todo imaginario de lo común. Porque, justamente, Trímboli habló y escribió sobre todos estos asuntos en plural, casi como si se tratara de una convocatoria.

I

Extraña asociación la de la lectura con el miedo. ¿Cuántas afecciones se vinculan ahora con la lectura –o con la falta de lectura– antes que la del miedo? Al contrario de lo que conviene al Príncipe, según aquel breve tratado pedagógico del siglo XVI, la lectura en tanto consumo cultural parece preferir ser amada a ser temida, ser disfrutada a ser padecida. A la vez, el

miedo no parece estar entre las causas que alejan a las personas de la lectura. Así, de acuerdo con un informe realizado entre diciembre de 2022 y enero de 2023, en Argentina, la mitad de la población no había leído un libro en el último año. Una proporción idéntica a la que Barthes registró para Francia, en *El placer del texto* (1996), un artículo que asombrosamente está encabezado con una cita de Hobbes: “La única pasión de mi vida ha sido el miedo”. Entre los motivos de no lectura aducidos por los encuestados argentinos encabezan la lista la falta de tiempo, la falta de interés o gusto, el aburrimiento y los problemas de salud. ¿Y el miedo? No figura. ¿Cómo podría provocar miedo la lectura?

Por otra parte, con el miedo sucede también que es una pasión política y militarmente indigna. Quien tiene miedo evidencia, tarde o temprano, una debilidad. En el *Facundo*, Quiroga confiesa a unos oficiales haber conocido el miedo cuando lo acechó un tigre cebado, un animal, no un hombre. Y Sarmiento subraya inmediatamente que al caudillo, capaz de aterrorizar con su sola mirada, también le llamaron el Tigre de los Llanos. Sin miedo fue retratado el coronel Francisco Borges en la batalla de La Verde, en 1874, al enfrentar una descarga de Remingtons en la llanura bonaerense y encontrar la muerte, luego de desoír la orden de retirada impartida por el general Bartolomé Mitre. En *Espía vuestro cuello* (2012), Javier Trímboli recuperó esta escena, para discutir ficcionalmente su procedencia y circunscribir lo que podríamos tener como el envés del miedo.

En tanto reacción conductual, la valentía parece oponerse al miedo, poque el que tiene miedo está tomado por la representación de lo que se avecina. Así, en la escena del *Facundo*, Quiroga permanece inmóvil sobre el algarrobillo en el que se guarece del tigre que lo acecha. E inmóviles están también los átomos preestatales del estado de naturaleza hobbesiano, en una especie de guerra fría, rivalizando interminablemente entre sí mediante manifestaciones acerca del daño que podrían ocasionarse unos a otros, pero sin confrontar directamente ni exterminarse. De lo contrario, jamás podrían concretar un pacto social.

Una multitud tomada por el miedo es entonces una multitud paralizada –“¡Ay de los pueblos que no marchan!”, escribió Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia*–, y esta parálisis, ya fuera de la tranquilizadora ficción hobbesiana, puede convertirse en desesperación. No moverse, por irracional que parezca hacer lo contrario, es un signo de fracaso y de muerte. Entonces, el miedo llega a constituirse en una alerta y en el principal motivo para buscar una alternativa de supervivencia. Por eso, Carlo Ginzburg (2018) asegura que no se puede releer a Hobbes sino con miedo, aun manteniendo el presente a distancia, guareciéndose mediante toda suerte de recaudos metodológicos, porque el mundo en el que vivió el filósofo inglés se asemeja mucho al actual, aunque las salidas imaginables le parecen mucho más desesperadas ahora. Es la semejanza general, radiográfica, entre el pasado escrito y el presente en que se lee, la sospecha de un ciego desplazamiento circular hacia el desencadenamiento de la violencia y la destrucción, lo que tanto para Martínez Estrada como para Ginzburg justifica o, más aún, exige que se lean con miedo ciertos libros.

II

Al cumplirse el primer aniversario de las revueltas de diciembre de 2001, un acontecimiento al que Trímboli le atribuyó un valor indiciario respecto de la dinámica de la economía del miedo y la vida de las multitudes, Ignacio Lewkowicz publicó en *Página 12* una nota titulada: *Vamos todos a nuestra fiesta desesperada*. Lewkowicz reflexionó allí sobre la condición subjetiva contemporánea, sobre el nihilismo y la falta de propósito, sobre el desmontaje de todo horizonte de expectativa en el vértigo de un presente histórico frenético, indigente y autorreferido, terminal e insuperable también. Una fiesta, sí, pero animada con la euforia que solo puede suscitar la desesperación y la imaginación de lo peor. Para Lewkowicz, esa desesperación era tan irrepresentable como omnipresente, lo que la emparenta más con el terror que con el miedo. Ya no se trataba de esperar una redención por la acción del Estado y de sus instituciones. Hasta la escuela había sido desmantelada y solo persistía un edificio, el esqueleto de una institución, un galpón. Si, como ha señalado Pablo Pineau (2016), los educadores latinoamericanos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX legitimaron el discurso pedagógico sarmientino y su concepción de pueblo, junto con las exclusiones que le eran inherentes, ¿qué norte tenían a la vista los educadores argentinos del 2001, que no fuera el alimentado por su propio deseo y obstinación? (Duchatzky y Corea, 2002)

Deseo, obstinación, seguro, pero también, vino a decir Javier Trímboli, exceso de vida, merodeando con su reflexión esa fuerza sobrehumana o prehumana de la que parece poseída la multitud en los momentos decisivos de la historia y que constituye el envés del miedo. En esta hipótesis, el drama histórico confronta a la “multitud estática”, garantía del statu quo, con la “multitud dinámica”, dos figuras que Trímboli repone en *Espía vuestro cuello* a partir de su lectura de *La locura en la historia*, de José María Ramos Mejía. El último capítulo del este libro de Trímboli presenta “seis tesis sobre el pueblo, las multitudes y los milagros”, en buena medida como un conjunto de actividades didácticas que se desarrollan en clases, en la escuela, es decir, en ese mismo lugar en el que, según Martínez Estrada, se aprendía el arte de leer sin razonar.

Al menos desde la época del *Manifiesto de octubre: para una crítica de la razón académica*, Trímboli sostuvo una intensa reflexión sobre la Universidad, la escuela, la clase y la producción de sentido y la tarea docente. En la escuela, y particularmente en la clase o lección, evocando a Oscar Terán, cifró la contingencia de un paréntesis posible, de una interrupción al flujo incesante de estímulos, exhortaciones e información bajo los que sucumbe el mundus. La escuela, dijo en alguna oportunidad, con ese humor que lo caracterizaba, “tiene que ayudar a aguantar la pregunta, si no llamamos a Pedidos ya”. Que la clase pudiese ser el ámbito en el que despejar las variables y los ecos que resonaban en una pregunta, que leer en clase no fuese concluir sino, antes bien, releer, probar inscribir lo viejo en lo presuntamente nuevo o encontrar lo nuevo en lo viejo, interrogar y demorarse, investía quizás a la tarea docente de exigencias casi supererogatorias. No había para Trímboli ingenuidad ni excesivas expectativas: la escuela, la Universidad o la investigación histórica podían avenirse al papel de operadores de la insignificancia.

En el prólogo a Tulio Halperin Donghi: la herencia está ahí, Javier volvió una vez más sobre la intuición de Martínez Estrada, sobre la escuela y el trabajo en el aula, “cuando lo que impera, incluso en las facultades, es la lectura en pdf, en pantallas más o menos pequeñas y móviles, que imperiosamente se conjugan con tiempos fragmentados” (Trímboli, 2023). Juzgaba que el nuestro era un tiempo políticamente desamparado, el tiempo de la “intemperie de la historia”, según había dicho Halperin. Reflexionó también sobre el sentido de la escritura y la investigación históricas. No tenía respuestas y tampoco cedía a la tentación del profetismo; planteaba preguntas y las sostenía, aplazando las conclusiones. ¿Qué sería la investigación histórica en esa intemperie, en ese achatamiento de las expectativas? ¿Se conformaría con ser historia anticuaria? ¿O se inclinaría quizás por diversificarse en investigaciones de redes y flujos, con el ímpetu de un positivismo feliz, impersonal, ciencia por fin normalizada? El prólogo culminaba confirmando el diagnóstico de Halperin sobre la intemperie de la historia. Sin embargo, Javier cerraba luego con una frase, que se puede leer como un contrapunto: “Pero allí estamos”. Este era Javier, el que insistía en leer y pensar en común, por más adversas que fueran las circunstancias; el que invitaba a aguantar las preguntas para mantener a raya los automatismos y las declaraciones de ocasión. La herencia ahora está ahí, de eso estamos seguros, para mantener abierto el horizonte de lo común.

Referencias bibliográficas

- Arata, N. y Pérez Navarro, C. (17 de noviembre de 2023). El programa privatizador de Milei. Mercado libre educativo. *Revista Anfibia*. Disponible en: <https://www.revistaanfibia.com/mercado-libre-educativo/>
- Barthes, R. ([1974] 1996). El placer del texto. En *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France* (pp. 9-107). Siglo XXI.
- Duchatzky, S. y Corea, C. (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Paidós.
- Ginzburg, C. (2018). Miedo, reverencia, terror: releer a Hobbes hoy. En *Miedo, reverencia, terror. Cinco ensayos de iconografía política* (pp. 29-49). Prohistoria.
- Lewkowicz, L. (19 de diciembre de 2002). Vamos todos a nuestra fiesta desesperada. *Página/12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/subnotas/14352-5753-2002-12-19.html>
- Pineau, P. (2016). *Nada de lo educativo me es ajeno*. En S. Molloy, A. Puiggrós et al., *Sarmiento, diez fragmentos comentados* (p. 123). Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Trímboli, J. (2012). *Espía vuestro cuello: Memorias y documentos de trabajo (2004-2007)*. CrackUp.
- Trímboli, J. (2023). *Tulio Halperin Donghi: la herencia está ahí. Diez entrevistas comentadas*. Omnívora.